

si torturó mi cuerpo en un Calvario! . . .
 Otello como yo, fiera del cielo,
 que abrumador y fuerte, en el estrago
 de su misma pasión castiga á Yago,
 no es más noble que yo. . . . con ser Otello!

A qué gemir? Prosigo mi camino
 desventurado y solo, desgarrando
 mi veste de errabundo peregrino
 en los zarzales de la ruta umbría;
 prosigo así. . . . de luz siempre bañando
 mi frente con aureolas el divino
 clamor de mofas que es mi eterno guía.

Y si el Amor inmenso purifica
 las Almas doloridas; si la insana
 pasión que vence en el combate rudo
 es redención después de aquesta humana
 insensatez que luego dignifica,
 Yo he de luchar con su radioso escudo . . .
 que á veces la Virtud llora y claudica!

José P. Micó.

Abril.—1903.



CUATRO EVANGELIOS

FECUNDIDAD.

Amar. Querer. Crear.

Nada fecunda

Sin el Amor, que en impetuoso anhelo,
 Vibra en todos los seres y las cosas;
 "Amar," dice la Tierra cuando inunda
 La vida sus entrañas misteriosas
 Y "Amar," dicen los astros en el cielo.

Un beso de pasión, beso candente
 En donde el alma del amor palpita,
 El Astro Rey, el sol omnipotente
 Manda á la Tierra que feliz se agita;
 Al contacto magnífico, las nieblas
 Levantan sus cendales turbadores,
 Y se ven sumergirse las tinieblas
 Y surgir en miriadas los fulgores.
 A la feraz Naturaleza invade
 Un estremecimiento de delicia
 Cuando siente el calor de la caricia;
 Del himno de la Vida deificada
 El eco augusto los espacios llena
 Y la Tierra sonríe; madre buena
 Fecunda por amar y ser amada.

Del surco brotan tallos generosos
 Que anuncian dichas verdeando el suelo,
 Como brotan los astros luminosos
 De los azules surcos en el cielo.
 En cada pétalo un girón del iris
 Ostentan las corolas de las flores
 Cuando en muda oblación, abierto dejan
 El precioso joyero de sus galas,
 Y al soplo de los hálitos semejan
 Mariposas de mil y mil colores
 Entreabiertas y móviles las alas.
 El fruto guarda la flexible espiga
 Dorada por el sol, cual si escondiera
 Un hermoso diamante y tal parece
 Que en su pequeño estuche lo prendiera
 La mano fraternal de dulce amiga.
 En el oculto nido entre la rama,
 El ave asoma reventando el huevo,
 Y en el aire, feliz la hembra derrama
 El prelude triunfal de un canto nuevo.
 Las crisálidas abren sus capullos
 Transformadas en bellas mariposas
 Que con sus giros los espacios rielan,
 Y tal parece que lozanas vuelan,
 Con invisibles alas, muchas rosas.
 Nacen los seres del fecundo vientre
 De la mujer que por crear padece
 Y en su lecho de madre palidece.

La génesis del gran florecimiento
 Existe en el amor; ahí el profundo
 E inextinto surgir del brote humano,
 Que como un colosal desbordamiento
 Se extiende con impulso soberano
 Y en germinar sin fin, llenará el mundo.

Producir es amar. Nada fecunda
 Sin el amor, que en impetuoso anhelo,
 Vibra en todos los seres y las cosas;
 "Amar" dice la Tierra cuando inunda
 La vida sus entrañas misteriosas,
 Y "amar" dicen los astros en el cielo.

TRABAJO.

El Trabajo es esfuerzo que redime
 Y razón y potencia de la vida:
 Se vuelve fango el agua que no corre,
 Si no funciona el órgano se atrofia.

Con un gesto titánico, la frente
 Por abrasantes rayos torturada,
 El sembrador arroja la simiente
 Fija en el surco la tenaz mirada.

En el fondo negrísimo del antro,
 Abierto en las entrañas de la tierra
 Como trágico abismo amenazante,
 Encuentra el buscador con ansia loca,
 El alma de oro de la muda roca
 O el límpido destello del diamante.
 En su esquite camina el navegante
 Sobre la veste azul del mar impío
 Orlada por las blondas de la espuma,
 Conquistador indómito y bravío
 Que al coloso titán vence y abrumba.

Sublimes ó admirables, el obrero
 Deja las obras de su férreo brazo,
 Radiantes cual el vívido reguero
 Que la estrella fugaz deja á su paso:
 Como un realizador de lo inaudito,
 Salva las simas, esclaviza el bronce,
 Despedaza la mole de granito,
 Tiende como una línea inacabable
 La arteria victoriosa que aprisiona
 En sus inmensas redes á la tierra,
 Los libres elementos eslabona,
 Y fruto de locura abominable
 Forja las crueles armas de la guerra.
 El dombo de la bóveda gigante
 Sobre la arcada espléndida levanta,
 O domador genial, burla y quebranta
 Del huracán la furia provocante.

Vibra la estrofa áurea, de felices
 Armonías y ritmos, el poeta,
 Y el artista recoge en su paleta
 La gama virginal de los matices.

Medita el pensador; audaz inquiere
 El misterio insondable del Enigma,
 Y en su mente febril, brilla la idea:
 La doctrina profunda que llamea
 En la conciencia oscura, ó el estigma
 Contra el Error que blasfemando muere,
 La triunfante teoría que redime
 O el apóstrofe augusto que reprime
 Y con sus dardos de oro aureola ó hiere.

Y la obra santa del Trabajo escrita
 Queda con caracteres inmortales,

Como sobre una página infinita
 Grabada con destellos siderales.

Trabajar es vivir. Rica y jugosa
 La vida de los seres se mantiene
 Por el Trabajo como flor lozana;
 La Humanidad en su labor gloriosa,
 En el trabajo redentor contiene
 El bienestar supremo del mañana.

VERDAD.

Hay una voz secreta que nos manda
 Romper de los errores la negrura,
 Y hacer que inmaculada al fin florezca
 Y en los cerebros siempre resplandezca
 La Verdad como gema que fulgura.
 Hay un anhelo misterioso y grande
 De ir hacia la Verdad, como hacia el puerto
 La nave que en el piélago camina,
 Como la caravana del desierto
 Va hacia el oasis que semeja un huerto
 Que en la ruta callada se adivina.

La Verdad es el Bien: en ella informa
 La ventura infinita aun no llegada
 Sus lampos y sus oros de alborada;
 Si en sus crespones negros nos envuelven
 Las nubes tempestuosas de la angustia
 Y en inquietud del alma se resuelven,

Si la dicha no da su dulce beso
 A la frente genial que á veces mustia
 Se inclina al yugo de ominoso peso;
 Si una intensa congoja de agonía
 Cruelmente nos agobia y nos invade,
 Es porque no derrama todavía
 La Verdad sus divinas retulgencias
 Y de las muchedumbres las evade,
 Y la Ignorancia con su faz sombría
 Entenebrece aún muchas conciencias.

El flagelo de un crimen que nos deja
 Cada verdad cuando aparece ha sido,
 O el látigo de un duelo que se aleja
 O la mortal mordaza de una queja
 Que agujoneando el alma ha perecido.

Es preciso saber, es necesario
 Romper la venda y quebrantar el yugo,
 La quimera eludir del visionario,
 Y querer la Verdad que eterna existe
 En el hecho real, inquebrantable,
 Donde palpita y vive una enseñanza,
 En el principio santo que persiste,
 Aun á pesar de todo, invulnerable
 Y la mentira á conmover no alcanza,
 En la ley que inflexiblemente reina
 De la muerte á pesar de las edades
 Hundidas en lejanas lobregueces,
 Al átomo poblando pequeñeces
 Y á la estrella cubriendo inmensidades.

Qué jubiloso el día en que despierte
 La Humanidad sabiendo; en un abrazo
 De amor con la Verdad, dichosa, fuerte,

Arrojando un fulgor en cada paso,
 Entonces, como un astro sin ocaso,
 Irradiará la Fe en los corazones
 Al noble esfuerzo y al deber propicia,
 Y la lluvia divina de sus dones
 Germinará en las almas la justicia.

¡Oh Pueblos! la Verdad es sacrosanta,
 Es el joyel que al infinito esplende
 Con que el supremo Dios sus obras prende.
 ¡Amadla, Oh Pueblos! Sus principios graben
 Eternamente porque son sagrados,
 Ved que la dicha humana allí se encierra.
 “¡Ah! Bienaventurados los que saben,
 Los que trabajan, Bienaventurados,
 Será de ellos el reino de la Tierra.”

JUSTICIA.

Después de consumada la ignominia
 Más grande que los siglos hayan visto;
 Después del negro crimen, cuando Cristo,
 Con sus brazos en cruz cual si quisiera
 Abrazar á la ingrata muchedumbre,
 Arrojó á los espacios la postrera
 Mirada de perdón y mansedumbre,
 La veneranda imagen del Ungido
 En cada corazón quedóse fija
 Como blanca visión suplicatoria:
 Su cabeza nimbada por la gloria
 Rabiosamente la corona aguija;

Su rostro, la corola de un gran lirio
 Por lágrimas de sangre maculado;
 Y su cuerpo, un gran tallo torturado
 Por todos los dolores del martirio,
 Y la cruz como un signo que interroga
 A lo Insondable por el rudo crimen,
 Una pena sacrílega que ahoga
 Y tristezas insólitas que gimen.

Así, en suplicio eterno, sin que nunca
 Descanse un punto en su labor la saña
 Sombríamente cruel del victimario,
 Por alucinación tenaz y extraña
 Existe en nuestras almas un calvario.

Cuando con la maldad de la imprudencia
 La excelsitud burlando del Derecho
 Se castiga y se ultraja la inocencia
 Y se hace de la Ley un vil desecho,
 Cuando el calumniador con la frente alta
 El pudridero de su labio ostenta,
 Cuando al deber y á la virtud se falta,
 Cuando escupe la envidia ruin afrenta,
 Y cuando con anhelos turbadores,
 En los que el odio á la verdad se mira
 Extendiendo sus lazos corruptores,
 Se inocula en el alma la mentira
 Con el germen fatal de los errores,
 Brotan de las pupilas entreabiertas
 Del Ungido, dos lágrimas que cruzan
 La palidez de sus mejillas muertas,
 Y mil puñales que en la sombra graban
 Con nombres enigmáticos y aguzan
 Innumerables manos eneubiertas,
 En sus heridas con furor se clavan.

Pero qué dulcemente una radiosa
 Alegría estremece sus despojos,
 Y asoma una mirada jubilosa
 En el diáfano espejo de sus ojos;
 Con qué unción y filial recogimiento
 Todo un mundo piadosamente vierte
 Un bálsamo de amor en el sangriento
 Amado torso de su cuerpo inerte,
 Cuando alza en lo infinito sus hermosos
 Emblemas la Justicia, bajo el claro
 Dombo azul de los cielos luminosos,
 Como una gigantesca flor de amparo
 Extendiendo sus pétalos gloriosos.

Es santa la Justicia porque salva,
 Eleva y purifica, porque abate
 De la maldad la fuerza violadora,
 Y algo como la savia redentora
 De una era prometida en ella late.
 Si se venera á Jesucristo, cuando
 Hacia el deber camina con profundo
 Fervor y fe la Humanidad, y amando
 Al Divino Maestro se ama el mundo,
 A la Justicia nuestro abrazo demos
 Sin mácula ni engaño, y el tesoro
 De sus benditos dones aspiremos;
 Unidos siempre así, con qué ternura
 A los humanos, en efluvios de oro,
 Bañará eternamenté la ventura.

Adolfo Arias.